

AÑO XXII.—NÚM. 6318

4 DE JULIO DE 1882.

REDACCION, MAYOR 24.

## EL ECO DE CARTAGENA

Martes 4 de Julio de 1882.

## LAS EPIDEMIAS.

—0—

El doctor Lefebvre, profesor de la Universidad de Lovaina, acaba de publicar una Memoria sobre el cólera, que presentó a la Academia real de medicina en su sesión de 25 de febrero último. Tenemos también a la vista una conferencia dada por el mismo sabio profesor sobre la peste de Astracan en la reunión general celebrada en abril de 1879 por la Sociedad Científica de Bruselas.

El doctor Lefebvre reúne a su gran ciencia un estilo elegante y puro, y sabe hacer agradables los estudios de medicina por aridos que sean, porque sabe amanzarlos con ideas generales y con sentimientos elevados y darles una forma atractiva que aumenta el valor de una obra.

Ante todo tranquilicemos a nuestros lectores. No hubo peste en 1879, y es probable que no la tengamos en el año actual.

La epidemia de peste que se declaró en el año 1878 en Velianska, en la provincia de Astracan, terminó sin haberse propagado más allá de un radio muy reducido. El cólera, que causó grandes estragos en la Meca desde setiembre a diciembre del año próximo pasado, quedó circunscrito a la Arabia, gracias a las severas disposiciones tomadas por la junta sanitaria marítima y de cuarentenas de Egipto, de modo que en enero hubo motivo para creer que no existía ya ningún temor de que se extendiera el cólera a los puertos del Mediterráneo y de allí a Europa. Estas esperanzas se han confirmado, y desde entonces no hemos tenido noticia de que el cólera se haya presentado en parte alguna.

M. Lefebvre trae rápidamente la historia de la peste y del cólera, cuya reciente aparición en Rusia y en Arabia ha amenazado por un momento a Europa, y dice que las enfermedades podrían clasificarse en enfermedades individuales, en enfermedades locales ó endémicas y en epidemias ó enfermedades generales.

«Las primeras, esto es, las que atacan a los individuos, continúa M. Lefebvre, son las enfermedades esporádicas: las segundas son debidas a causas locales que las circunscriben a un punto determinado, tal es el grano de Alepo, enfermedad peculiar a esa ciudad. Las terceras, parecidas a inundaciones, estierden a lo lejos sus estragos, y son respecto de los pueblos lo mismo que las enfermedades esporádicas respecto del individuo.

Las enfermedades epidémicas no

tienen una duración indefinida. Unas se extinguen y son reemplazadas por otras nuevas desconocidas en otro tiempo. En la antigüedad causaba estragos la peste de Atenas, terrible enfermedad que describe Tacitodes y que no se conoce ya en el día. La peste negra venida de Egipto, infestó a Europa por espacio de muchos siglos; más hace ya siglo y medio que no ha vuelto a presentarse en la Europa occidental en donde apareció la última vez en Marsella en 1720. En la parte oriental de nuestro continente hizo su última explosión la peste de Moscou en 1770.

Es verdad que la peste ha aparecido varias veces en Europa en el siglo XIX, en particular en Malta en 1812, y en Italia en 1815, pero estas epidemias, lo mismo que la de Astracan en 1878, se localizaron.

La lepra en otro tiempo tan difundida en nuestro continente, en donde existe todavía antiguos hospitales de San Lázaro, ha desaparecido hace más de dos siglos y medio; y por el contrario el tífus apareció por primera vez en el siglo XVI. El cólera se presentó por primera vez en Europa cincuenta y dos años hace, esto es, en 1829.

El cólera es originario de la India, es una enfermedad asiática; la peste es de origen africano, y la fiebre amarilla de origen americano. Mas estas tres terribles enfermedades tienen en la funesta propiedad de convertirse en pandemias. Nuestro siglo ha visto al cólera devastar la Europa de la misma manera que la peste en otro tiempo, y es sabido que la fiebre amarilla ha efectuado frecuentes apariciones en España. No se crea que Europa haya disfrutado de cierta inmunidad respecto del Asia, del Africa y de América: también le han infestado males epidémicos. Citaremos entre otros la mettle que nació en Inglaterra en el siglo XV y que no existe ya hoy en estado epidémico. ¿Quién no conoce los estragos causados por las epidemias del tífus y de las viruelas? Según cálculos, las viruelas causaron en otro tiempo la muerte en Francia a más de tres millones de personas.

Como dice M. Lefebvre el descubrimiento de la vacuna, hecho por Jenner en 1798, vino a poner término a tan espantosos desastres. M. Lefebvre indicó también entre las enfermedades infecciosas ó zimóticas, las enfermedades palúdicas.

¿Cuántas vidas humanas se economizarían si desaparecieran esos grandes azotes epidémicos! Mas, ¿puede esperarse que desaparezcan? M. Lefebvre cree que sí. La parte más interesante de su trabajo es aquella en que examina hasta que punto el poder preventivo del hombre, puede influir en evitar esas enfermedades, cuyo origen es un princi-

pio infeccioso ó miasma, el cual es fecundo y se produce, constituyendo su reproducción el contagio. «Parece, dice M. Lefebvre, que puede afirmarse que si el miasma se reproduce, es un sér viviente. No solo el aire y el agua pueden servir de vehículo a los miasmas, sino también el hombre. Todos los objetos, en particular los vestidos, pueden ser para ellos un medio de trasmisión, y por lo tanto de contagio.

El origen de los miasmas reside en la fermentación de las materias orgánicas abandonadas por la vida. Para que se produzca fermentación son menester cuatro condiciones, a saber: la presencia del aire, del agua, de una temperatura superior a cero y de un fermento. Según las circunstancias, podemos obrar sobre uno de estos elementos. Así es como pueden hacerse desaparecer las enfermedades palúdicas engendradas por los pantanos suprimiendo el agua esto es, desecando los pantanos.

El hombre no puede nada contra el clima y solo puede obrar sobre la tierra. El cólera tiene su foco originario en las orillas del Ganges, pero en época lejana el Indostan estuvo exento de esta enfermedad, pues entonces sus llanuras estaban saneadas por canales y por otras obras debidas a la industria del hombre. Desde la epidemia de 1866, Inglaterra ha emprendido obras de saneamiento con el objeto de destruir el foco del cólera que se halla en sus posesiones, obras que principian ya a dar sus frutos. El cólera ha desaparecido de Calcuta y va disminuyendo en Bombay. Desde el año 1843 no ha vuelto a presentarse la peste en las orillas del Nilo. Es de advertir que en el año 1842 se dió principio en Egipto a trabajos de saneamiento, y con motivo puede atribuirse a las prevenciones tomadas la desaparición de la peste del sueco egipcio.

El hombre puede obrar también sobre los agentes patogénicos, esto es, sobre los fermentos ó miasmas. La teoría basada en los magníficos experimentos de M. Pasteur, considera esos miasmas como cuerpos vivientes, como microzoarios ó gérmenes fecundados, esporos ú óvulos. Es indudable que son unos compuestos albuminoides. Pues bien; hay una infinidad de agentes que tienen la propiedad de destruir los compuestos albuminoides, y se llaman desinfectantes, los cuales son de dos órdenes; hay los desinfectantes químicos y el calórico. Este último es el desinfectante por excelencia, es infalible.»

Sentimos no poder seguir a M. Lefebvre en la exposición que hace de los procedimientos de desinfección por medio del calórico.

«En resumen, dice M. Lefebvre, el hombre puede impedir el desarro-

llo de las enfermedades infecciosas ó contagiosas, primero obrando sobre el foco de origen de la epidemia por medio de trabajos de saneamiento de la tierra, luego puede destruir los gérmenes ó miasmas infecciosos por medio de los desinfectantes y cuando el mal ha estallado puede circunscribirlo impidiendo el contacto con él y manteniéndolo apartado por medio de las cuarentenas. Por último, tiene el recurso de combatirlo unas veces por medio de contraveneno como la vacuna para las viruelas, y otras por medio de precauciones higiénicas.»

No podrá menos de leerse con interés este hermoso trabajo del profesor de la Universidad de Lovaina. Como dice muy bien, «el objeto principal y más elevado de la medicina no es curar sino prevenir la enfermedad. Se tiene por impertinente y ridículo al médico que se ocupa en la salud de sus clientes cuando están buenos y a cada paso se oyen repetir estas absurdas palabras: «No tengo necesidad de médico porque no estoy enfermo.» Esto es el olvido de la verdad de que la higiene que impide el mal, es mucho más importante que el tratamiento curativo para vencerlo. Nuestros legisladores le olvidaron al eliminar en el año 1855 la higiene de las materias de exámen. ¿Y qué es la higiene sino la ciencia que enseña a los pueblos lo mismo que a los individuos los medios conservar su salud, ó en otros términos de evitar las enfermedades? No hay ninguna ciencia más necesaria al hombre que la de higiene pública y privada.»

Terminaremos este estudio con algunas hermosas consideraciones que tomamos de Littré sobre la influencia de la higiene en la moral. «De la misma manera que la justicia, dice, como lo demuestra la estadística, tiene más robos que castigar en los años de carestía, en todas las partes en que se desprecia la higiene pública se ve que una degradación física y moral se apodera de los infelices que se hallan sumidos en el cieno del desaseo. La falta de limpieza, la desidia en proporcionarse todas las comodidades posibles, el mal alimento, la insalubridad de las habitaciones, la falta de aire, las cloacas, las inmundicias y la aglomeración de personas en espacio insuficiente, todo esto no solo afecta a la salud, perjudica al cuerpo y propaga las enfermedades, sino que también turba los corazones y los entendimientos. En ese fondo germinan las costumbres brutales y desordenadas. Por el contrario, saneando, limpiando y disminuyendo la intensidad de las causas maléficas, no solo se obtiene la mejora de la salud común, sino que además a los hombres menos espuestos a lo que